



Guayaquil: cuna de la libertad

El 9 de Octubre de 1820

Carlos Calderón Chico

Catedrático, periodista y escritor. Miembro de la Academia Nacional de Historia.

Guayaquil fue siempre una sociedad dinámica, hecha para el comercio, o sea para las actividades mercantiles. Y eso le dio la capacidad de vincularse al mundo, entendiéndose la Europa mercantil de los siglos XVII, XVIII y XIX. Una mirada en retrospectiva, de siglos, muestra a las antiguas civilizaciones manteño-huancavilca, en un tenaz intercambio de productos a lo largo de la costa del Pacífico, que incluía Centroamérica y México.

Guayaquil no puede negar su condición de sociedad mercantil, lo ha sido y lo será a lo largo de la historia. Toda la vida cotidiana de los habitantes guayaquileños está ligada a esas formas de crecimiento, donde todo sabe

a intercambio. Así creció y se desarrolló, así la moldearon sus habitantes, tanto así que cuando las pestes, incendios y piratas la golpearon, destruyéndola parcial y totalmente, sacó fuerzas de la nada para erigirse nuevamente en ciudad emprendedora.

A partir del siglo XVII y todo el XVIII va consolidándose una clase mercantil, vinculada a un conjunto de propietarios agrícolas, que impulsará la producción cacaotera para terminar configurando con mucha fuerza una acumulación originaria de capital, convirtiendo a esta región en un enclave cacaotero, productor de materias primas destinadas al mercado internacional.

Guayaquil, entonces, está en un lugar expectante de su desarrollo, mira el mundo, pero no puede integrarse a él, las trabas aduaneras serán el impedimento para que los comerciantes de esta ciudad no puedan colocar su producción cacaotera en el mercado mundial. Todos los permisos de exportación tienen que ser solicitados al Consulado Real de España, en Lima, allí nacen las trabas burocráticas que inmovilizaban la producción cacaotera. No fue cuestión de años, ni de décadas, fue cuestión de siglos, que llevó a las élites del Puerto Guayaquileño a buscar la forma de romper estos

controles burocráticos como único medio de liberarse del control administrativo español. Ante esta situación los comerciantes se las ingeniaban, en varias ocasiones para burlar los controles aduaneros y comerciar con otros mercados internacionales.

A lo largo de todo el siglo XVIII, y principios del XIX, se sintió el intenso bullir de las ideas independentistas. Los gestores de la emancipación mental recorrían Hispanoamérica con dos documentos que eran claves para hacer vibrar el sentido de libertad y autonomía, estos

El tricolor de Colombia llega a la Audiencia de Quito¹

Dentro del largo proceso de la independencia de la Audiencia de Quito, iniciado el 10 de agosto de 1809 y culminado el 24 de mayo de 1822, hay eventos que eran trascendentes para el momento histórico que se vivía. Entre ellos se encuentra la llegada del tricolor colombiano, ideado por Francisco de Miranda, a lo que hoy es Ecuador.

Pocos saben la historia de la llegada del tricolor de Colombia al territorio de la Audiencia y su difícil posición durante los primeros meses, en que se requirió de mucha diplomacia para lograr su aceptación por los quiteños que debieron ser los primeros en hacerlo. Esos quiteños eran los ciudadanos de la provincia de Guayaquil, recientemente liberada el 9 de octubre de 1820.

Fue en el año de 1821, específicamente el 10 de enero, que Bolívar envió a Guayaquil al general José Mires con la doble misión de lograr la simpatía y buena voluntad de los guayaquileños hacia Colombia y para preparar el camino para la llegada del general Sucre con un importante contingente de tropas, para iniciar una campaña desde el sur con el fin de liberar la capital de la Audiencia y así facilitar el paso de Bolívar por la provincia de Pasto, donde se encontraba paralizado su ejército por la determinada resistencia de los pastusos, quienes permanecían fieles al Rey de España.

Mires desembarcó en Guayaquil en compañía de un selecto grupo de oficiales y unas pocas tropas. De inmediato entró en contacto con la Junta de Gobierno con el fin de anunciar la venida del general Sucre y el deseo del Libertador de colaborar en la liberación de la Audiencia. Mires debía auscultar el criterio de la Junta y determinar lo que opinaban los guayaquileños e informarlo a Sucre de inmediato, con el fin de que supiera de antemano lo que encontraría al desembarcar en la ciudad puerto. Esto era importante de conocer antes de proponer la integración de la Audiencia a la República de Colombia.

Mires y sus oficiales fueron muy bien recibidos en Guayaquil y ellos no tardaron en iniciar su misión de ganarse la simpatía de los guayaquileños hacia Colombia. Tanto Mires como sus oficiales fueron muy bien escogidos, pues en poco tiempo tenían a muchos encantados con su educación, cultura y simpatía. Ciertamente presentaban una muy buena imagen de Colombia.

La tarea no era fácil, pues los guayaquileños, si bien tenían simpatía por los colombianos, también tenían simpatías por los chilenos y los argentinos, de tal forma que en Guayaquil se desplegaban los colores de esos países, que también luchaban por la independencia.

eran la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la Declaración Universal de Igualdad, Libertad y Fraternidad, emanada de la Revolución Francesa. Aquí están aquellos próceres que buscaban por todos los medios romper el presidio mental que imponía el imperio español, como forma de prolongar con mayor fuerza sus ideas y el dominio militar. La acciones de un Eugenio Espejo, Nariño, Andrés Bello, Simón Rodríguez, Lastarria, Alberdi, Hipólito Unanue, José Joaquín de Olmedo, Vicente Rocafuerte, Fray Servando Teresa de Mier, fueron las fuentes lúcidas que

desde sus escritos cuestionaron el viejo orden colonial, para que posteriormente sean los campos de batallas donde tendrán que dilucidarse las contradicciones bélicas, y saldar así la libertad hispanoamericana a nuestro favor.

En el caso nuestro, se había dado ya el 10 de Agosto de 1809, que a pesar de ser un hito libertario, y un ejemplo a seguir, con todas las secuelas trágicas del año siguiente, 2 de Agosto de 1810, quedó advertido de esta manera, el imperio español, que las contradicciones eran irreversibles, y que su ruptura como necesidad histórica tenía que darse, pues todo apun-

Pero los colombianos eran el deleite de los eventos sociales y muy pronto los celosos guayaquileños permitieron que el tricolor colombiano se desplegara al lado del albiceleste de octubre. Uno de los oficiales, el coronel Antonio Morales, quien en pocos años ocuparía importantes posiciones en el gobierno ecuatoriano del general Flores, reportó así sus experiencias en el mes de mayo a su jefe, el general Santander: *Las señoras sustituyen en sus abanicos a la bandera de Chile, la de Colombia y en la procesión del Domingo de Ramos, vi que era casi general en sus vestidos, el adorno de guirnales tricolores, de los que se componen nuestra Bandera.*

Pero algunos no estaba convencidos y se mantenía escépticos de las intenciones de los colombianos, pues había una corriente que buscaba la liberación total de la Audiencia, y se oponían a su integración a cualquier grupo que la subordinara. No faltaba otro bando que opinaba que sí era necesario aliarse, pero con el grupo liderado por el general San Martín, quien venía luchando desde el sur.

Luego de una difícil navegación y un desembarco inesperado en la península de Santa Elena, el 6 de mayo llegó a Guayaquil el general Sucre, ya bien enterado de la situación por los informes recibidos del general Mires. Sus tropas, dispersas en la travesía, desembarcaron en varios puntos de la costa sur de la Audiencia y se fueron congregando en Guayaquil. Al poco tiempo estaban en esa ciudad los «Cuerpos auxiliares de Colombia» designados como «Santander», «Guías» y «Albión», todos los cuales portaban el pabellón de Colombia.

De inmediato Sucre comenzó a negociar con la Junta de Gobierno presidida por Olmedo, quienes mantenían una posición de independencia de cualquier federación hasta que toda la Audiencia libre resolviera su destino en libre votación. Sucre no estaba de acuerdo con esa posición por la simple razón de que tenía órdenes del Libertador de incorporar a toda la Audiencia de Quito a la República de Colombia. Sin embargo, era necesario actuar con prudencia, pues necesitaba de los guayaquileños para el éxito de la campaña libertadora que debía emprender. A las finales se consiguió de la Junta que aceptaran la «protección de Colombia» y así se pudo comenzar la campaña libertadora de la Audiencia, en agosto de 1821, con el tricolor colombiano marchando al lado del albiceleste Guayaquileño, campaña que conoció algunas derrotas hasta culminar con la victoria del Pichincha el 24 de mayo de 1822.

Notas:

1 Cuadro creado especialmente para esta edición por Eduardo Estrada Guzmán. Investigador y escritor de historia. Miembro de la Academia Nacional de Historia y de la Academia Ecuatoriana de Historia Marítima y Fluvial.

taba a un desarrollo de la sociedad, porque así lo exigían las condiciones de la época.

Guayaquil era un hervidero de intereses en juego, con todas las contradicciones que ello implica; mientras Simón Bolívar batallaba intensamente por lograr la libertad de la Capitanía General de Venezuela y de la Nueva Granada (Colombia); San Martín hacía lo mismo en Argentina, Chile y Perú. Habían llegado a nuestra ciudad tres soldados venezolanos que eran parte del batallón Numancia, acantonado en Lima, Perú y que habían sido expulsados por sus ideas libertarias, y llegaron a Guayaquil. Se trataba de jóvenes oficiales: León de Febres Cordero, Luis Urdaneta y Miguel Letamendi. Esta ciudad tropical los atrapó, y la vida cotidiana los asimiló inmediatamente.

Se habían dado en nuestra ciudad una serie de circunstancias que permitieron que las ideas libertarias se posicionaran definitivamente. Había tres grupos aparentemente irreconciliables que marcaban el ritmo político de la urbe: la tendencia peruanófila, expresada en aquellos comerciantes cacaoteros, fundamentalmente, que tenían fuertes intereses en Lima, y que buscaban afanosamente una mayor libertad para sus prácticas mercantiles. La tendencia bolivariana, es decir la colombiana, que se identificaba plenamente con el Libertador Bolívar, y estaba representada por familias guayaquileñas de gran poder económico, político y social. La tendencia autonomista, que mantenía la frase: Guayaquil por la patria, representada por el gran José Joaquín de Olmedo, era a todas luces por la que se inclinaban también, decenas de ilustres personalidades del Guayaquil de entonces. Este era el hervidero político que encontró el Libertador y que lo llevó a tomar la decisión de anexar Guayaquil a Colombia, que de no haberlo hecho, San

Martín que venía con las mismas intenciones la hubiese anexado al Perú.

Guayaquil era un punto estratégico en las guerras de independencia, su condición de puerto le daba una particular importancia al proyecto libertario, tanto del norte como del sur. La movida político-militar del Libertador le permitió contar con nuevos aliados, la ciudad en este caso y su estratégico puerto, y asumir la conducción total de la independencia. San Martín había comprendido que nada tenía que hacer en el proceso libertario, y con una grandeza sin igual que recoge la historia y sus biógrafos decidió partir al exilio europeo.

Guayaquil era libre, y había sido anexado a la Gran Colombia, particular situación que molestaría a lo largo de la historia a las élites guayaquileñas, a un sector de ellos, que siempre miraron con buenos ojos una posible vinculación con el Perú. La independencia de Guayaquil producida el 9 de Octubre de 1820, se constituyó en una atípica revolución, porque no contó con la violencia que suele ocurrir en este tipo de procesos sociales. En el documento provisorio elaborado por Olmedo, se habla ya y con claridad se manifiesta que se trata de una revolución anticolonial, antimonárquica que busca por todos los medios romper con el coloniaje español. Es importante señalar la actitud de la élite guayaquileña, de dotar y organizar la División Protectora de Quito, con la finalidad de contar con una fuerza auxiliar militar que concrete la liberación de los territorios de la Real Audiencia de Quito, para de esta manera liberarnos de la dominación hispánica. Pertrechos, vituallas, armamentos, hombres, fueron puestos por Guayaquil, y más de tres mil hombres, durante dos años, con encuentros y desencuentros, enfrentando al poderoso ejército español, concluirían en





Pichincha el 24 de Mayo de 1822, la acción libertaria que marcó la definitiva independencia de estos territorios. Los ejércitos libertarios estuvieron compuestos de guayaquileños, quiteños, cuencanos, colombianos, venezolanos, argentinos, escoceses, irlandeses, alemanes, es decir, un auténtico ejército internacionalista que demostraba que estábamos frente a un inédito proyecto de liberación continental que involucraba a todos los que habían nacido por estos lares. Sucre y Bolívar tuvieron sobre sus hombros la organización de la estrategia militar de esas sangrientas batallas que poco a poco irían definiendo el porvenir de estos pueblos.

Los historiadores son unánimes al definir a Guayaquil como punto fundamental de las grandes jornadas de la libertad y en ese sentido nadie ha negado el aporte de nuestra ciudad a la hazaña continental, y en este contexto de grandes proyectos y de grandes hombres, aparecen dos personajes hechos para la historia: Olmedo y Bolívar. El primero dedicándole el más grande poema épico de la historia americana, *La victoria de Junín* o *Canto a Bolívar*, que incluso llegó a generar fricciones entre ambos. Bolívar en dos célebres cartas enviadas a Olmedo, rechazaba la idea como lo pretendía el guayaquileño de dar una connotación mitológica a su persona y a su gestión bélica. Este cruce epistolar sólo era el reflejo de cómo dos hombres hechos para trascender la eternidad podían estar en desacuerdo en una visión de la lírica, pero no en desacuerdo del proyecto libertario americano.

Sea cual sea el enfoque que se emplee para el análisis de los procesos sociales, nadie puede negar el carácter complejo de nuestras sociedades y las profundas contradicciones que enfrentan a los distintos grupos humanos; como bien ha señalado el historiador Juan Paz

y Miño: «La independencia de Guayaquil dio continuidad al pronunciamiento de Quito del 10 de agosto de 1809 que instaló una junta soberana aunque todavía revestida de fidelidad al rey. El éxito guayaquileño en cambio, se inscribió en un momento revolucionario ventajoso, pues toda Hispanoamérica, se hallaba en plena revolución anticolonial» (Diario Hoy, Quito, Octubre 9, 2003).

Si seguimos examinando el marco histórico de los procesos libertarios llegamos a la conclusión de que las guerras de independencia que sellaron nuestra liberación, dieron la oportunidad de que una nueva clase asuma la conducción de las nuevas sociedades sin presencia española. Eran los criollos, la clase social emergente, la que va a asumir la conducción de las nuevas sociedades. ¿Había sido una mascarada la libertad?, ¿Cuál era el papel de los grupos sociales que por siglos habían sido dominados? Aquel grafiti que apareció en las principales paredes de Quito, diciendo: «Último día del despotismo, y primero de lo mismo», expresaban a las claras que la independencia todavía no recogía las ansias de libertad de éstas naciones.

Guayaquil y ahora el naciente Ecuador de 1830 tenían una meta y un destino, unirse, integrarse y más que todo evitar caer en la provocación que las grandes potencias nos llevaron, y construir lentos y seguros el país que aquellos utopistas de la emancipación mental habían batallado arduamente.

Ahora que estamos celebrando el Bicentenario de una gesta emancipadora, es bueno reflexionar sobre todo lo ocurrido a lo largo de doscientos años y que las lecciones que emerjan de este análisis sirvan a los pueblos para que canalicen su libertad y su unidad. A la larga esa era la estrategia final de los Libertadores. 